

Federico, entre otras cosas

Quiero aprovechar esta oportunidad para matizar lo que *se dice* –tengo que usar este “se”, se trata de un rumor en nombre de Jacques Lacan sobre James Joyce. El asunto es serio, incluso grave. Jacques Lacan y la cultura francesa de un lado. Por el otro, James Joyce y su excéntrico lugar en la cultura inglesa. Uno estaba en su casa, el otro era el exiliado. El encuentro es extraño. Jacques Lacan, en el prólogo a la edición inglesa del seminario XI, escribe: “No hablaré de Joyce, al que me dedico este año, salvo para decir que es la consecuencia de un repudio hartamente de un psicoanálisis, que resulta haber ilustrado con su obra. Pero apenas lo he rozado, dado mi embarazo en lo que respecta al arte, en el que Freud se sumergía no sin tropiezos”.

1976. “Apenas lo he rozado”, dice Jacques Lacan. Hoy el roce se ha convertido en manoseo. En un libro colectivo sobre no se sabe qué; pero cuya portada se hace propaganda con el nombre de James Joyce, se puede leer: “Joyce pasó por el (Hospital) Ameghino y nadie pudo hacerle la ‘historia clínica’...”. ¿Qué es un “repudio hartamente de un psicoanálisis”?

Hace poco estuvo aquí un amigo que es bilingüe: Feiling. Es

* VV.AA. *La interpretación en los casos del psicoanálisis*, Ed. EOL, Bs. As., 1995. (Leído en la OL)

un escritor en inglés y en castellano. Hablamos de una sola frase del *Finnegans Wake*, una frase que se encuentra en la página cuatro de *A Penguin Book* (en inglés todas las ediciones de este libro tienen la misma compaginación), la página once de Gallimard y la página 18 de la versión de Víctor Pozanco que publicó Ed. Lumen.

Traje también una versión de Santiago Bullrich y creo que pudimos mostrar –fue una ocurrencia mía, pero el garante era Feiling– que la mejor versión se lograba mediante una palabra mal pronunciada por la gente común. No voy a repetir el número que hicimos, sólo lo recuerdo para decirles que Jacques Lacan es prudente y también insinuarles que sería bueno leer algo de James Joyce.

El tema de la interpretación, que nos ocupa, es aún más complicado cuando se trata de la psicosis. Para orientarme busqué una presentación de Jacques Lacan publicada en *El Analiticon* bajo el título “Una psicosis lacaniana”. Es una de las famosas presentaciones de enfermos, de las que fueron objeto de polémica hace unos años, en tanto eran parte de una tradición psiquiátrica repudiada por la antipsiquiatría y por los intentos de transformaciones institucionales de las décadas del sesenta y el setenta.

El interno se llama en la versión castellana Dr. Primeao (me parece que en la francesa tiene otro nombre; pero no lo verifiqué porque no viene al caso de lo que les voy a contar).

El Sr. Primeao dice que existen unas palabras impuestas que surgen sin ninguna significación y que hay otras palabras reflexivas que responden. Jacques Lacan comenta: “Es una psicosis lacaniana... las palabras impuestas, lo imaginario, lo simbólico y lo real”.

A la semana siguiente (17/2/76) Jacques Lacan, en su seminario, alude a este caso: “resulta que el viernes en mi presentación de algo que se considera como un caso, un caso de locura segu-

ramente, un caso de locura que comenzó con el *sinthome* palabras impuestas... Al menos es así como el paciente articula, él mismo, ese algo que, me parece, hay de más sensato en el orden de una articulación que puede decirse lacaniana”.

Las palabras impuestas *más* los tres registros. ¿Están las palabras impuestas en *lugar* del nombre propio, del *apellido* que no tiene ninguna significación?

Jacques Lacan no encuentra que el paciente sea “delirante”, define su locura por el fenómeno de las *palabras impuestas*.

“Podemos en el seno de la palabra –decía Lacan en 1955–, integrar los tres planos: de lo simbólico representado por el significante, de lo imaginario representado por la significación, y de lo real, que es el discurso realmente pronunciado en su dimensión diacrónica”. La descomposición analítica –en el sentido lógico– del *signo* y el acto de enunciación, se convierten en la frase anterior en los tres *planos SIR*. Y en 1976, año de los roces con James Joyce, Lacan se pregunta: “¿Cómo es que no sentimos todos que las palabras de las cuales dependemos, de alguna manera, nos son impuestas?”. La *manera* (¿jde cualquier manera?!) hace la diferencia.

Sí, estamos afectados. Jacques Lacan llama la atención sobre lo poco afectado que se encuentra James Joyce en lo que hace a su cuerpo, de lo poco afectado por esa paliza que recibe. Y, sin embargo, la cuenta dos veces. Acabo de leer el *Retrato*, en la edición Barral traducida por Dámaso Alonso. Verifiqué el original inglés con Graciela Avram.

La cuenta dos veces con las mismas palabras, en la edición castellana eso ocurre en las páginas 92 y después 174.

Lacan llama la atención sobre esa imagen del odio que se desprende como “la suave piel de un fruto maduro”. Y el personaje, que es el narrador, también “...se preguntaba por qué no guardaba mala voluntad a aquellos que lo habían atormentado”. Y en la página 174 dice: “...nunca había sido capaz de conservar su

resentimiento largo rato, sino que había sentido que se iba desvaneciendo en seguida como una cáscara o una piel que se desprendiera con toda suavidad de su propio cuerpo”.

Esta falta de agresividad es un enigma para el personaje y, también, para Jacques Lacan que lo toma como un rasgo clave.

Se ha subrayado esto como una constante: la agresividad existe (el personaje de Joyce lo dice, antes y después de lo que cité), pero se desvanece sin que la agresión se realice. En 1932 encontramos en la tesis una Aimée que no reacciona frente a la hermana que ocupa su lugar; en 1955 Lacan comenta a un Schreber que no responde en consecuencia a los abusos que dice padecer; en 1965 Lol V. Stein, el personaje de M. Duras, no puede plantarse frente a la otra mujer. Las fechas, obvio, son las de la enseñanza de Lacan.

En la tesis sobre la agresividad de 1948, Jacques Lacan anota que la *agresividad*, que distingue del *acto de agresión*, provoca una dislocación del cuerpo propio. Esta conexión con el cuerpo no se sostiene de lo simbólico, incluso puede sostenerse en el semejante y con el semejante (recordemos el aforismo de 1932: toda locura es entre dos).

Lacan describe: “...la relación con el otro en cuanto semejante, e incluso una relación tan elevada como la de la amistad (...) son perfectamente compatibles con la salida de su eje con el A, y todo lo que implica de anomalía radical” (*Ecrits*, pág. 574).

La supremacía de lo simbólico que se postula en el Seminario III sobre la psicosis es corregida ahora, lo que implica el pasaje por la observación de esa falta de afectación por un lado, y el decir “lacaniano” de un loco donde podríamos decir que lo simbólico es predominante.

Miller... Gerard Miller, hace suya una pregunta planteada por Eric Laurent: ¿si el psicótico ocupa el lugar *a*, el lugar del analista, donde situarse? ¿Ser el sujeto dividido, interpretar por

los efectos que produce la presencia del otro? ¿Incluso analizar los sueños propios? (Algunos se lo han propuesto).

¿O bien, estar en el lugar del S1, tratar de ordenar la vida del otro? Nada de eso. Eric Laurent dice: “El analista, situándose en el lugar del Otro de la erotomanía, incluye no un desierto de goce, sino un Otro que quiere Otra cosa del sujeto allí donde el objeto (*a*) es el exponente de un deseo de Otro, o más bien de una voluntad de goce de ese Otro respecto de él”. La creación de la demanda incluye la producción de otro lugar *a*, uno que no es equivalente al objeto que el psicótico ofrece. Y para eso hay que *hacer hablar*, es una distancia con la suficiencia del goce. ¿Cómo se crea una *interdicción*, una manera del *no* que no es el nombre? Tomaré unas referencias de Michel Silvestre.

Bajo el título *Psicosis y psicoanálisis* se publicaron una serie de artículos (Ed. Manantial, 1985) sobre el tema. Entre ellos dos de Michel Silvestre que tienen la particularidad de referirse –en cada uno de esos artículos– a lo que ocurre con un psicótico en análisis.

La primera interpretación –dice Michel Silvestre– es aceptar el pedido de análisis, condición de la puesta en función del sujeto supuesto saber. Entender algo de la estructura clínica, *construir* un “diagnóstico”, es necesario para la modulación de las respuestas, para comprometerse en la cura. En el punto de partida existe un significante en suspenso, una significación amenazante, que es equivalente del enigma neurótico cifrado en el significante de la transferencia.

Y si el psicótico va al analista, es para llevar a su término esta significación que al faltar el nombre del padre –dice Michel Silvestre– no puede advenir. ¿Por qué no admitir esta significación en suspenso como el síntoma del psicótico? Es por ahí que se encuentra amenazado por el mutismo.

La metáfora delirante, en el lugar de la metáfora paterna, produce esa significación que es “edípica” a su manera. Tal sujeto se

dedica a describir sus tres generaciones porque es la manera de elaborar una metáfora particular. Por su parte, el analista está desprovisto de la *repetición* para producir la significación: “Si la metáfora delirante puede permitir lo que Lacan designa con el término estabilización es, me parece, en el sentido de que vuelve a dar una función de la palabra que basta para organizar el campo del lenguaje. En cambio, este equilibrio es precario, pues lo deja desarmado frente a la intrusión, en este campo, del goce. En este campo el goce está desencadenado, si se puede decir; dan fe de ello, por ejemplo, las voces, las alucinaciones”.

Si al comienzo se trata de esa significación amenazante, luego se verá la oferta *del* goce al analista, la oferta *al* goce del analista, mediante la instalación del sujeto en lugar de objeto *a*.

Al contrario de la posición erotomaniaca, el psicótico también puede rechazar la mediación del amor y realizar lo que le dicta la invasión de goce en el suicidio.

Pero así como el psicótico no es ajeno a la demanda, tampoco carece de algún deseo. El problema es que la *interpretación* tiene que operar en un sujeto que ocupa el lugar de *a*. Ese lugar que ocupa en tanto real, fuera de un discurso regulado por el fantasma, tiene que ser ocupado por un *semblant*, el que conviene al discurso analítico y que tendería a modificar la interpretación paranoica y la relación del esquizofrénico con su propio cuerpo.

Según Michel Silvestre es por su silencio que el analista marcará su presencia, con la finalidad de que este silencio vectorice las asociaciones: “Después de todo –dice–, el significante de esta significación existe, es el *non*, no, el no del rechazo, de la pura negación. Puede ser que el analista sólo tenga esa palabra para decir”.

Hacer del goce un semblante es introducir la castración y cada analista deberá resolver la paradoja de un dispositivo *sin* otra técnica que su respuesta.

El segundo artículo de Michel Silvestre, segundo en la ordenación del libro que cité, se hace la siguiente pregunta: “¿Hasta qué punto sostener el lugar del analista con un psicótico, no implica que el analista mismo participe del delirio?”. A partir de esta pregunta presenta a Federico, que había sido internado por un estado de agitación y angustia frente a su “muerte inminente”. Eran sentimientos sin contenido ni motivos.

Había estado en un análisis porque quería ser analista y no duda de que ese episodio agudo –del que salió con neurolépticos y ansiolíticos– tuvo como desencadenante el inicio de ese primer análisis.

Espera de este análisis continuar con sus proyectos de ser analista; pero también ser preservado de esas amenazas imprecisas que pesan sobre su persona.

Cuenta a su favor, según dice, la buena relación que mantiene con la juventud –los muchachos, en particular– a los que ama de manera cortés, lo que no excluye su relación con un hombre joven, de la que sufre “con delicia” (según Michel Silvestre).

Habla en voz baja y lenta, pronuncia cada palabra con esfuerzo, con lagunas que parecen deberse más a la censura que a las frases interrumpidas. Las preguntas de Michel Silvestre acentúan la confusión y la imprecisión, pero el inicio es alentador. Describe su relación amorosa, despliega sus ambiciones literarias y psicoanalíticas. Verifica la adecuación de su análisis a lo supone que es “lacaniano”.

Aparece una inquietante actividad marginal: conversar horas por teléfono con voces de ninguna parte, hasta que introduce al analista en esa red, al llamarlo para decir *hola* y luego permanecer en silencio.

Interrogado en la sesión, dice verificar así que el analista permanece allí. Parece establecer un equilibrio: su amante, la red telefónica, y el analista en un rincón.

El equilibrio se rompe: su amante lo deja y se lleva los obje-

tos que quiere. La casa se vuelve amenazante. La angustia retorna y llama al analista para decirle que se ha refugiado en el hospital.

Vuelve a los quince días, sin hablar de la hospitalización para mantener a su analista separado de la psiquiatría. Sólo indica que se mudó. Un día el analista recibe una participación de casamiento. Federico se casó sin haber dicho nunca una palabra sobre esa mujer.

Michel Silvestre dice: “por mi parte, no puedo hacer más que esperar la continuación; que llamaría el delirio conyugal, después del delirio telefónico”. En efecto, deja de telefonar, tanto a la red como a su analista.

Es la mujer quien llama para decir que no aguanta, que las cosas van mal entre ellos. Federico rehusa decir de qué se trata, sólo dice que su existencia depende de la buena disposición de su esposa.

La esposa informa que debió refugiarse en el hospital.

Ahora vemos una decisiva intervención de Michel Silvestre que pone en juego el *no* –ese *non* que invoca en francés el nombre– al lugar otorgado por el goce. Dice: “Es necesario entonces que yo le signifique a Federico que de ningún modo se trata de que yo avale que él la mate –por ejemplo, aceptando que se calle sobre este tema–, si es el caso no quiero verlo más”.

La pareja se disuelve y Federico da a su analista la nueva dirección. Poco después pide ser confirmado como analista mediante el pedido de pacientes, a la vez que también quiere que su analista le haga publicar un texto.

La negación es explícita y definitiva. Federico deja a su analista con la queja de que no está a la altura.

Vuelve a los ocho días, convencido de que el analista que visitó en el intervalo no era el correcto.

Desde entonces se ocupa de su analista, de la familia del analista, de la solidez de la cerradura del departamento, de lo que el

analista escribe y que Federico juzga y sanciona: “Como ven –dice Michel Silvestre– este tratamiento no tiene nada de una cura de la psicosis. Sería más bien la manera en la que un psicótico se alimenta de un análisis. La instalación de un psicótico es una cura. Pues Federico habita, encuentra un abrigo en la cura. Reside en ella, más aún en tanto que soy su anfitrión, ya que obviamente ocupé el lugar de ese punto central desde donde se organiza su enamoramiento. Este lugar es el que fue primero ocupado por el joven, después por su esposa. En ese lugar Federico me convoca para encarnar en él el goce. Que esta serie contenga primero a un jovencito, después una mujer, después un analista, indica en primer término que este goce está fuera del sexo, más allá de toda baliza fálica. Allí me espera –como a la vuelta de la esquina– al punto en que estaría tentado de apoyarme en el semblante fálico para hacerlo escuchar razones. Con Federico no hay otra referencia para el semblante que la enunciación misma”.

Mantiene a su analista en el buen lugar mediante comentarios minuciosos de lo que observa, lo cuida como el lugar preciado que ordena su discurso, que evita la destrucción del mundo y de esta manera enseña que el psicótico entra en análisis *como* paranoico.

¿Qué ocurre con el sujeto supuesto saber? El problema no es, como en la neurosis, el *saber*. El problema es el *sujeto*, por lo que conviene que el saber que el analista obtiene del Otro –el saber inconsciente– se lo reserve para no convertirse en perseguidor.

Michel Silvestre se sitúa a la vez como *a* y como *\$*, cuando dice que la dirección de la cura se sostiene así: “...mis intervenciones sobresalientes –interdicciones o significación de mi parte que delira– tienen como único deber administrar el goce del que Federico lo hace guardián”. ¿Es el analista la Dama de un amante cortés?

Tomé este caso para responder a la consigna y llamar la atención sobre una casuística dispersa de la que puede extraerse una

enseñanza. Aquí mismo, en estos dos trabajos de Michel Silvestre, hay mucho más de lo que pude subrayar para ustedes.

¿Y la psicosis lacaniana? *Palabras impuestas, lo imaginario, lo simbólico y lo real*. “Palabras impuestas”, “significación amenazante”, “significante enigmático”. Me parece que estas cosas se ordenan con *du surlant* del lado del goce y el *sinthome* en vez del no, *non*, nombre del padre.

Lamento no estar en la discusión. Algo se ha superpuesto, me esperan en la otra sala.